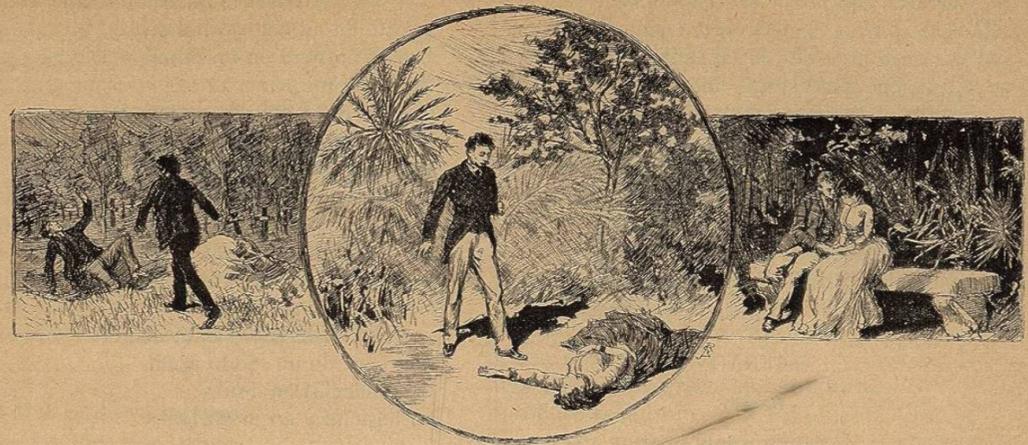


por algunos momentos  
reinó por las regiones bonancibles  
uno de esos terribles  
silencios que rebosan pensamientos.

XV

Julia después, con altivez suprema,  
con el velo arrollado  
por la frente, á manera de diadema,  
lo mismo que una reina que ha abdicado,

para seguir con paso reverente  
de su Calvario la desierta vía,  
su vestido de luz graciosamente,  
como un ave sus alas, recogía;  
y un serafín que de los cielos vino,  
y que, admirado, á su pesar lloraba,  
de la sombra el camino  
con su espada de fuego le mostraba,  
y al ir andando la heroína aquella  
que al coro de los ángeles asombra,  
la luz dió fin en palidez de estrella,  
y quedándose fueron ellos y ella  
los unos en la luz y ella en la sombra!



## LAS TRES ROSAS

POEMA EN TRES JORNADAS

A mi invariable y afectuoso amigo el Sr. D. Tomás Pérez Anguita en prueba de reconocimiento y cariño. — CAMPOAMOR

### PERSONAJES.

ROSA, madre de  
ROSAURA, madre de  
ROSALÍA.  
JULIO MONTERO.  
BLAS, marido de Rosaura  
DANIEL, novio de Rosalía.

UN AMANTE OLVIDADO POR ROSA.  
UN MÉDICO.  
SOR LUZ.  
TITÁN, perro de Terranova.  
SATANÁS.

## ROSA

### JORNADA PRIMERA

#### ESCENA PRIMERA

Los dos miedos

JULIO. — ROSA

I

Al comenzar la noche de aquel día,  
ella, lejos de mí,  
— ¿Por qué te acercas tanto? — me decía; —  
¡Tengo miedo de tí!

II

Y después que la noche hubo pasado,  
dijo, cerca de mí:  
— ¿Por qué te alejas tanto de mi lado?  
¡Tengo miedo sin tí!

#### ESCENA II

La última palabra

EL AMANTE OLVIDADO. — ROSA

Cuando yo con el alma te quería,  
¿quién presumir pudiera  
que á despreciar ¡infame! llegaría  
en tí y por tí la humanidad entera?..

#### ESCENA III

A rey muerto rey puesto

JULIO. — ROSA

Murió por tí; su entierro al otro día  
pasar desde el balcón juntos miramos;  
y espantados tal vez de tu falsía,  
en tu alcoba los dos nos refugiamos.

Cerrabas con terror los ojos bellos.  
El *requiescat* se oía. Al verte triste,  
yo la trenza besé de tus cabellos,  
y — ¡traición! ¡sacrilegio! — me dijiste.  
Seguía el *de profundis* y gemimos...  
El muerto y el terror fueron pasando...  
Y al ver luego la luz, cuando salimos,  
— ¡Qué vergüenza! — exclamaste suspirando.  
Decías la verdad. ¡Aquel entierro!...  
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...  
Después ¡la obscuridad de aquel encierro!...  
¡Sacrilegio! ¡Traición! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

## ESCENA IV

Hastío

JULIO. — ROSA

Sin el amor que encanta,  
la soledad de un ermitaño espanta.  
Pero es más espantosa todavía  
la soledad de dos en compañía.

## ESCENA V

Las dos copas

UN MÉDICO. — ROSA

I

Le dijo á Rosa un doctor:  
— «Se curan de un modo igual  
las dolencias en amor,  
en higiene y en moral.  
»Yo, aunque el método condene,  
lo dulce en lo amargo escondo:  
esta copa es la que tiene  
dulce el borde, amargo el fondo.  
»Y por si quiere esa boca  
cumplir una vez mi encargo,  
tiene esta segunda copa  
dulce el fondo, el borde amargo.  
»Dios, sin duda, así lo quiso,  
y esto siempre ha sido y es:  
tomar lo amargo es preciso,  
bien antes ó bien después.» —

II

Rosa luego, de ansia llena,  
dice en su amoroso afán:  
— «Mezclados cual dicha y pena  
lo dulce y lo amargo van.

»Merced á doctor tan sabio,  
ve, aunque tarde, mi razón,  
que aquello que es dulce al labio  
es amargo al corazón.

»Yo, que hasta el postrer retoño  
agosté en mi edad primera,  
brotar no veré en mi otoño  
flores de mi primavera.

»Fuí dejando, por mejor,  
lo amargo para el final,  
y esto, según el doctor,  
sabe bien, mas sienta mal.

»Cumpliré una vez su encargo:  
tú, copa segunda, ven,  
pues tomar antes lo amargo  
si sabe mal, sienta bien.

»¡Oh, cuán sabio es el doctor  
que cura de un modo igual  
las dolencias en amor,  
en higiene y en moral!» —

## ESCENA VI

Un drama de familia

JULIO. — ROSAURA. — ROSA (*oculta*).

I

Siendo Rosa Valdés, según mi cuenta  
(si bien por excepción un poco rara),  
una mujer hermosa de cuarenta  
que no tiene veinte años en la cara,  
casi es su otoño una estación florida,  
lo mismo que lo fué su primavera;  
que es más bella tal vez que la primera  
la juventud segunda de la vida.

De Rosa la hermosura es tan cumplida,  
que, cual si fuese un velo,  
cuando lo suelta al viento, toda entera  
la oculta la madeja de su pelo;  
pelo que todavía  
un torrente sería  
del ébano más puro, si no fuera  
porque á veces, si lo ata ó lo desata,  
tiene ¡oh dolor! que eliminar severa  
unos hilos de plata  
que matizan su negra cabellera.

Lozana como un fruto ya maduro,  
de buena fe aseguro  
que si á los quince abriles encantaba,  
y á los veinte admiraba,  
seguía á los cuarenta mereciendo,  
pues toda la ciudad aseguraba  
que Rosa (y es verdad) más bien ganaba  
que solía perder, envejeciendo.

II

Pero la pobre Rosa  
es más que desgraciada, está celosa;  
y ya á la languidez de sus miradas  
se une de día en día

V

en su rostro de madre una sombría  
palidez de facciones fatigadas;  
pues de cierta ilusión roto ya el prisma,  
su pena, más que pena, es un martirio,  
y vive en una especie de delirio  
en que duda de todo y de sí misma.

La idea de su edad la atormentaba,  
pues aunque nunca se la oyó una queja,  
por momentos notaba  
que el amor de los otros la dejaba,  
aunque el que ella sintió jamás la deja...  
¡Nada á madama Sevigné curaba  
del inmenso dolor de hacerse vieja!

III

Mas como ya sabemos  
que los años que cuenta,  
aunque parecen veinte, son cuarenta,  
haciendo Rosa de dolor extremos,  
asegura que Julio es infame  
porque la va olvidando. Mas ¡Dios mío!  
después de mucho tiempo, aun cuando se ame,  
en el fondo de todo ¿no hay hastío?  
¡Sí! y por eso, á pesar de sus traiciones,  
es, ha sido y será Julio Montero  
un gentil y cumplido caballero,  
que vive según Dios y sus pasiones.

IV

Como es Julio una débil criatura  
que en sus varios amores  
gustaba del amor por sus favores,  
como hombre que cree sólo en la hermosura  
(como se cree en la esencia de las flores),  
olvida después que ama,  
y ama después que olvida.  
Mudar, siempre mudar, ¡ley de los seres!  
dulce ley que fué el norte de su vida,  
pues poco escrupuloso en sus deberes,  
practicando esa máxima sabida  
de que es fuerza adorar á las mujeres,  
después que á Rosa amó con fanatismo  
adoró de Rosaura los encantos.  
Mas ¿fué en Julio cinismo  
hacer lo que hacen tantos?  
No lo creo, sabiendo por mí mismo  
que á quien más tienta el diablo es á los santos.  
Por eso, aunque la madre es tan hermosa,  
ve Julio que es la hija hasta divina,  
y, en consecuencia, á Rosa  
con Rosaura reemplaza,  
pegándose aquel hombre á aquella raza,  
como se pega el muérdago á la encina.

VII

De todos los encantos  
que Rosaura tenía,  
era el mayor, aunque tenía tantos,  
que á través de sus ojos todavía  
sólo cruzaban pensamientos santos,  
y por eso, entregada  
á nobles expansiones,  
aunque mujer casada,  
es una niña grande tan honrada,  
que no piensa en las malas intenciones;  
y de Julio Montero, que la amaba,

ella el amor oía  
con un cierto candor que enamoraba,  
pues, casada de prisa, se creía  
libre en su amor, si en su deber esclava.

## VIII.

Estando Julio de Rosaura al lado  
en una noche, al acabarse el día,  
bajo el fresco rincón de un emparrado  
que entre la casa y el jardín había,  
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,  
poniendo en no ser vista un gran cuidado,  
se arrastró del jardín hasta la puerta,  
y dejándola á obscuras y entreabierta,  
se puso á oír en alevoso acecho.

## IX

Y mientras Julio, que á Rosaura adora,  
con los ojos devora  
lo hermoso que nos causa calentura,  
muestra Rosaura, de abandono llena,  
aquel rostro en la flor de su hermosura,  
y ¡lo que es el amor! aunque es morena,  
salta de ella una especie de blancura.  
¡Noche de amor en que el amor rebosa,  
en la cual las ideas son pasiones,  
en que ostentan las flores sus botones  
con toda su turgencia misteriosa!  
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,  
en la que en sombras, en rumor y flores,  
y en cánticos de amor de ruiseñores,  
se agota todo un mayo en una hora!  
Y cuando así los dos gozan unidos  
de una dicha sensual y candorosa,  
encienden el ardor de sus sentidos  
los magnéticos ruidos  
que, electrizando la campiña toda,  
en blando movimiento,  
pasando por los nidos,  
los va arrastrando y dispersando el viento,  
¡cantor eterno de la eterna boda!

## X

Entre la sombra de la noche aquella  
en que ambos frente á frente se miraron,  
y sus almas los dos se derramaron,  
ella en el pecho de él, y él en el de ella,  
se dijeron amores  
como se abren las flores,  
como un ave es cantora,  
como lo quiere, cuando se ama, el cielo,  
como en todo lugar y á cualquier hora  
alegre y bullidora  
coge el placer la juventud al vuelo;

mientras Rosa, escondida y desalada,  
oía cada frase  
cual si sintiese el frío de una espada  
que su pecho á traición atravesase.

## XI

Como hace amar á prisa, muy á prisa,  
el ardor que circula por las venas,  
cuando se aspira una templada brisa  
que es en lo dulce un céfiro de Atenas,  
Julio ciego y Rosaura placentera,  
bajan enamorados  
la pendiente hechicera,  
por la cual nos empuja arrebatados  
la noche, nuestro amor, la primavera...  
¡Aquel dosel tan bello  
que forma lo gentil del emparrado!...  
¡La bruma de un lugar poco alumbrado!...  
¡Lo obscuro y lo nupcial de todo aquello!...  
¡Allá suspiros, ramas y dulzura,  
y acá fe y esperanza!...  
¡A una parte deseos y ternura,  
por otro lado el odio y la venganza,  
y aquí y allí los débiles quejidos  
que murmuran los pájaros dormidos!...  
¡Oh imagen de la vida,  
la dicha siempre á la desdicha unida!...  
¡Vértigo que formaron combinados,  
la tierra, los abismos y los cielos,  
eternos remolinos encontrados,  
bien y mal, luz y sombra, amor y celos!...

## XII

Viendo Rosa llegar el gran instante  
en que á su fin camina  
la audacia habitual de todo amante  
que conoce la ciencia femenina,  
á un ruido de suspiros que hizo el viento,  
como el vago rumor de una arboleda,  
exhaló un rudo acento,  
cual si en aquel momento  
se hallase en el suplicio de la rueda;  
y cuando Rosa con furor repara  
que ya llega el instante de la hora  
en que se hunde aquel puente que separa  
á Eva inocente de Eva pecadora,  
al pie de la vidriera  
de la puerta que daba á la terraza  
mira más... mira más... se desespera,  
y cae desmayada, cual si fuera  
una estatua que el rayo despedaza.

## XIII

Cuando Rosa caía sin sentido,  
cual si hubiese sufrido  
un fuerte martillazo en la cabeza,  
Rosaura ante la culpa, con nobleza  
casta, retrocedía,  
pues cuando ya perdía  
su corazón la calma  
de un modo que no sé cómo aquel día,  
sin saber lo que hacía,  
no añadió el don del cuerpo al don del alma,  
al corazón venció con su cabeza,  
pues, aun envuelta en fuego,  
sabía con certeza  
que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,  
pero no vuelve á un alma la pureza.  
Y siempre decidida  
á hacer guardar del deshonor su vida,  
y sabiendo además que es más seguro  
que arrostrar las pasiones  
poner en ocasiones  
entre el deber y el corazón un muro,  
se lanzó hacia la estancia,  
santuario de los juegos de su infancia.  
Del jardín á la puerta se avecina,  
y, viendo que no cede, empuja airada,  
y encendida, jadeante, fatigada,  
pisa un bulto, se inclina,  
vuelve á erguirse, y camina  
como si el bulto aquel no fuese nada;  
y la enferma, que á su hija huyendo mira,  
siente, al verse pisada,  
unas ráfagas de ira  
de toda madre al corazón extrañas;  
y, más rival que madre, entonces Rosa  
al tocarla aquel pie, sintió celosa  
el demonio del odio en sus entrañas.

## XIV

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo  
del fuego que la abrasa,  
corre ciega, y corriendo  
sobre su madre moribunda pasa,  
al umbral de la puerta,  
de sorpresa y terror petrificado,  
— ¡Rosa!... — exclama espantado.  
Mas Rosa, medio muerta,  
la cabeza, que á intervalos levanta,  
como cortada con un hacha gira;  
va á contestar, pero su angustia es tanta,  
que entre sus labios la respuesta expira;  
vuelve á querer hablar y se atraganta;  
y al fin, más que decirlo, así suspira:  
— Me asesinaste, adiós; duerme si... — Muere,  
y el «si puedes,» que apenas lo profiere,  
se le heló con la vida en la garganta.

## XV

¡La luna indiferente entonces muestra  
su disco ensangrentado,  
y una espantosa lividez siniestra  
echó sobre aquel cuadro desolado!

## ESCENA VII

## Mal de muchas

## EL MÉDICO. — ROSAURA

— ¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida? —  
Rosaura preguntó con desconsuelo.  
— Murió, dijo el doctor, de una caída.  
— ¿Pues de dónde cayó? — Cayó del cielo. —